

ETNOGRAFÍA

ADIÓS A LA SOMBRERERÍA EL BOMBO

Por
MARIANO ZAMORA



FOTO DE LA FACHADA DE LA SOMBRERERÍA
(FOTO DE M. BEJARANO)

—Todo lo que hay en la tienda lo voy a donar para el museo que están construyendo en la calle Sevilla: las estanterías, el espejo, el mostrador, todos los utensilios para componer un sombrero... y el Muñequito. Todo esto tiene más de un siglo. Mi abuelo, Manuel Andújar Fernández, puso esta sombrerería a finales del siglo XIX, en 1879. Y no ha cambiado nada desde entonces. Fíjate en los cristales de las estanterías, no se ha roto ni uno. Mi padre intentó primero trabajar en el Juzgado y luego en una droguería pero en ninguno de los dos sitios se encontró a gusto. Se metió en el negocio con mi abuelo y aprendió el oficio con los Arrebola. Se convirtió en compositor de sombreros, como se decía antes.

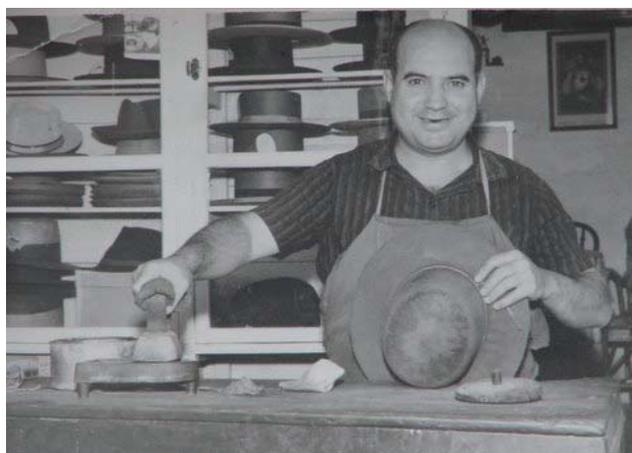
Esto me contaba Milagros Andujar en la sombrerería El Bombo una tarde del pasado mes de octubre, sentados en una camilla en la trastienda. La donación que va a hacer se refiere al Museo Etnológico, que según un proyecto de José María Rodríguez-Buzón, el Ayuntamiento va a instalar en la Casa de los Arjona tras una adecuada remodelación del edificio.

Situada frente a la calle Martos, la sombrerería el Bombo es una pequeña casa de dos plantas.

—Ya soy muy mayor, tengo 77 años, y creo que ha llegado la hora de cerrar el negocio. Hoy apenas se usa ya el sombrero y cada día es más difícil vivir de esto. Antes lo usaba todo el mundo, llevar la cabeza descubierta era tan poco corriente como llevarla hoy cubierta. Tú ves una foto de los años treinta o cuarenta y todo el mundo lleva su sombrero. Son las modas.

A principios del siglo pasado en Osuna había una importante industria sombrerera. Milagros hace memoria:

—Sólo en este trozo de la calle Carrera, en esta acera, estuvieron la de mi tío Pepe, en la esquina de la calle San Francisco; la del padre de Rodríguez Marín, un par de casas más abajo; ésta de mi familia; frente a la casa de don Manuel Calle, la de Arrebola, que luego fue de Maysounave, y en la esquina la de Zambrano. Se puede decir que esta acera estaba llena de sombrererías. Luego estaba la de Carlos Caraballo, frente a la calle Alpechín, la de los Quirinos en la calle Antequera, la de Pipote... Y otras más.



DIEGO PEREA
(FOTO DE EL PALETO, 1980)

Milagros y su hermana Antonia están de luto. Recientemente ha muerto su hermano Pepe, que vivía en Puente Genil y que le hacía los sombreros cuando Diego Perea murió en 1990. Diego fue el último sombrerero que hubo en Osuna. Yo le hice un reportaje en el número 7 de *El Paleto*, en el año 1980. Milagros lo recuerda con mucho cariño.

—Mi padre me contaba cómo entró a trabajar aquí: Diego se quedaba siempre mirando el escaparate de la tienda cuando pasaba por la calle. Era entonces un chiquillo de doce años. Te estoy hablando de los años veinte. Un día entró y muy serio le dijo a mi padre: “Maestro, ¿me quiere usted enseñar a hacer sombreros?”. “Vente mañana”, le contestó mi padre. Y así fue cómo empezó a trabajar aquí de aprendiz. Fue siempre uno más de la familia. La gente creía que era pariente nuestro. Me acuerdo que algunos clientes se creían que era mi padre. Y yo en broma les contestaba: “¿Este hombre tan feo va a ser mi padre?”. Y él se reía mucho. Era tan trabajador que ni siquiera tuvo tiempo de buscar novia y casarse. Se quedó soltero. Tenía una casita en la calle Condenegro pero estaba aquí casi todo el día.

Entran unos albañiles que vienen a arreglar los tejados de la casa y a reparar el patinillo que hace las veces de cocina.

—La casa está muy vieja y tenemos que hacerle algunos reparos. Estamos pensando en trasladarnos a la parte baja porque ya mismo no estamos para subir las escaleras.

Milagros les da algunas instrucciones y les paga la cal que han traído para blanquear. Luego sigue contándome cómo era la venta de sombreros en los años previos a la República, y durante ella.

—Yo no viví esa época porque nací en 1931. Pero mi padre y Diego me contaban que iban a La Lantejuela en carro, y allí, en la posada de la Chivita, montaban el tenderete colgando los sombreros en puntillas clavadas en las puertas y paredes. Años después iban en el coche del Malagueño a Gilena, y en el café de Pepe, repetían la operación. También visitaban otros pueblos de la comarca como Los Corrales, Martín de la Jara, El Saucejo... Aprovechaban las fiestas locales y las ferias y vendían todo el género que llevaban.

—¿De dónde viene el nombre de El Bombo? —le pregunto.

—Eso era porque por aquellos años había en el pueblo mucha afición a las bandas de música y había muchas agrupaciones culturales que tenían la suya propia. Mi padre era muy amigo de Manuel Holgado que era el director de una de ellas. Esta banda compró un bombo que causó sensación en el pueblo. Tanta curiosidad tenía la gente por verlo que mi padre, de acuerdo con Manuel, decidió colocarlo en el escaparate de la sombrerería. Y así la gente, que acudía en masa a contemplarlo, empezó a llamarle la tienda del Bombo. A mi padre le gustó la idea y decidió que la sombrerería se llamara así.



(FOTO: CRISTÓBAL MARTÍN)

El Muñequito de Andújar está colocado encima del mostrador, a nuestras espaldas. Está tocado con una gorra. Otras veces le colocan un sombrero de ala ancha o una mascota. Y el Muñequito se transforma, parece otro. Por supuesto siempre más elegante que cuando está destocado. No hay duda de que el eslogan de la sombrerería tiene razón. “El sombrero viste”. Observo que le falta una mano.



DOÑA MILAGROS CON SU AMIGA DOÑA TERESA SENTADAS EN LA CAMILLA
(FOTO: CRISTÓBAL MARTÍN)

—Se le cayó hace unos meses al quitarle el polvo pero la tengo guardada para restaurarlo cuando se lo lleven al museo. A mí me va a dar mucha pena el día que salga por esa puerta, para nosotros es algo tan familiar... Lo mismo que cuando se lleven las estanterías, el mostrador, el espejo... ¡Han sido tantos años rodeada de esos muebles! Me parece que tendré que ir muchas veces al museo para verlos, para estar un rato con ellos.

La historia del Muñequito ya me la había contado Diego Pelea en la entrevista de *El Paleta*. Milagros la recuerda también:

—Mi tío José, que tenía la sombrerería más arriba, era amigo de Quijaíta, el pintor. Un día, bromeando, le dijo que si sería capaz de hacer una escultura suya de tamaño pequeño para ponerla en el escaparate. Jesús se puso a la tarea y cuando la terminó se la llevó, muy orgulloso de su obra, a la tienda para exponerla. Pero Jesús sufrió una decepción porque a mi tío no le gustó nada. Ése no soy yo, parezco un muñequito, yo no me pongo eso en el escaparate para que la gente se ría de mí. Y entonces mi padre le dijo que se la llevaba él, que le gustaba. “Yo no te voy a pagar nada, Jesús —le dijo, pero como tú usas boina te voy a regalar una todos los años”.

Todos aceptaron la proposición y el Muñequito pasó a la sombrerería de Manuel, el padre de Milagros. Enseguida el Muñequito, colocado en el escaparate, tuvo tanto éxito como el Bombo. Le ponían el sombrero más adecuado para cada temporada, era el que marcaba la moda en el pueblo. Y sobrevivió al Bombo, que nadie sabe ya dónde puede estar.

—¿Cuánto años tiene el Muñequito?

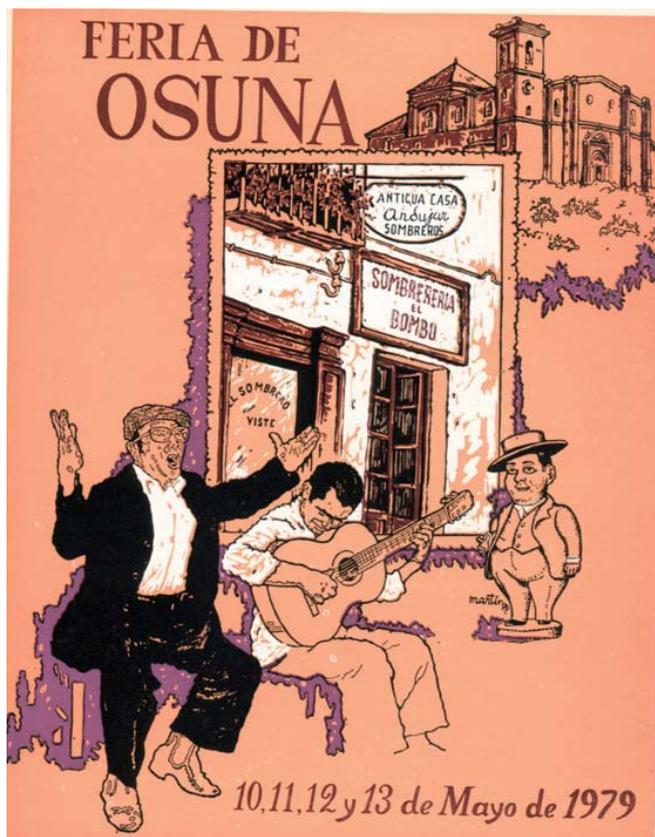
Milagros calcula que debe andar por los setenta:

—Yo creo que se conserva bien para la edad que tiene —me dice bromeando—. Aparte del problema de la mano, no ha sufrido *enfermedades graves*.

—Pues yo creo —le sigo la broma— que ahora que estamos en plena campaña de vacunación contra la gripe debías pincharle, a estas edades tenemos que ser ya muy precavidos.

—El Muñequito vivió su día de gloria en la feria de Osuna del año 1979. El cartel de ese año, realizado por Cristóbal, era un homenaje a la Sombrerería El Bombo. Como complemento organizamos en la caseta de la Tertulia Flamenca, en la feria, el

“Día del Sombrero”. Ese día, todos los que entraran en la caseta tenían que llevar sombrero para darle más colorido y ambiente a la fiesta. A alguien se le ocurrió que podíamos ir en manifestación hasta la sombrerería para ofrecer allí, en su propia casa, el homenaje a la sombrerería y al Muñequito de Jesús Quijada, todo un símbolo de ella. Parecía que llevarse a la gente de la feria a las cuatro de la tarde no sería posible, y que sólo lo haríamos unos cuantos chalados. Pero al personal le gustó la idea. Cada uno se cubrió la cabeza con lo que encontró en su casa o en los puestos de la feria, porque era obligatorio lucir esa prenda en la comitiva. Salimos un grupo de la caseta y al subir por la calle Alfonso XII la gente, por inercia, se fue sumando espontáneamente. Al pasar por el Arco de la Pastora el pelotón iba en aumento y al llegar a la calle Écija ya era muy numeroso. Era un espectáculo tan insólito que los espectadores se unían a él sin saber muy bien adónde iban ni a qué.



CARTEL DE FERIA 1979 ORIGINAL DE CRISTÓBAL MARTÍN

»Al llegar a la sombrerería, Rodolfo se subió al balcón e hizo un brindis laudatorio del sombrero que fue muy jaleado. Milagros recuerda que se asustó al ver a tanta gente tocada con sombreros de muy diversos tipos, un día de feria, y a una hora tan intempestiva. Temió por la integridad del Muñequito cuando fue izado entre un mar de brazos y sacado a la calle entre el entusiasmo de los presentes. Los más vehementes querían llevarlo en hombros a la feria. Menos mal que alguien puso orden y se devolvió a su escaparate. ¡Qué lástima! Porque a mí me parece que al Muñequito le hubiera gustado mucho darse un baño de popularidad en la feria.

Milagros está ágil todavía y nos saca los útiles para fabricar un sombrero que guarda celosamente. Manolo Bejarano ha venido conmigo para hacer unas fotos. Nos explica a los dos cómo funciona y para qué sirve cada uno:

—El *conformador* es un aparato que sirve para medir el perímetro y forma de la cabeza. Consiste en un conjunto de varillas, sostenidas por un muelle que bordea el ala y que le permite un ligero desplazamiento cuando el cliente se lo coloca en la cabeza a modo de sombrero. Ven, que te lo voy a colocar a ti.

Milagros intenta ponerme el conformador que me queda pequeño.

—Hay que abrirlo más, siéntate ahí en la silla. ¡Es que tienes una buena cabeza!

Por fin consigue su objetivo, no sin dificultades. Y continúa su explicación:

—De esta forma se ajusta al perímetro y forma del cráneo que queda dibujado en una plantilla, mediante perforaciones en este papel que tiene en la copa.

Otros útiles para componer —según expresión de Milagros— un sombrero son el *hormillón* (planchas de madera para ajustar la copa), el *temómetro* (para medir el ancho de ala y de copa), y el *lisuá* (un alisador).



DOÑA MILAGROS USANDO EL CONFORMADOR (FOTO: MANUEL BEJARANO)

Bromeamos poniéndole distintos sombreros y gorras al Muñequito, que cambia su fisonomía según le coloquemos una gorra, un sombrero de ala ancha, una mascota o un cordobés. A Milagros se le ve jovial y risueña pese al luto que luce.

—Sí, me encuentro bien todavía. Y eso que me rompí una pierna en una caída. Fue hace unos años. Me rompí el tobillo por un sitio delicado pero tuve mucha suerte porque me operó don Antonio García, un traumatólogo de lujo. Me pasó con él una cosa curiosa. Mientras me dormían para la operación, yo lo oí entre sueños decir que tenía que comprarse un sombrero para ir a la romería del Rocío. Y por lo visto, Dora, la enfermera, le dijo: “Pues aquí tiene usted a quien se lo va a vender”. Me vine a casa y estuve más de un mes en reposo. Una tarde apareció por la sombrerería don Antonio. Yo no lo conocí, creí que era un cliente y le pregunté lo qué deseaba. “Señora, no vengo a comprar ningún sombrero, vengo a quitarle el yeso. Fíjate el detalle que tuvo el hombre. ¡Venir a mi casa a quitarme el yeso!

Le digo bromeando:

—Debías haberle dicho lo mismo que tu padre le dijo a Quijaíta: “A usted le voy yo a regalar un sombrero todos los años”.

Y ella contesta ufana:

—Pues ya le regalé el primero.

Milagros nos enseña un trastero que linda con el antiguo convento de San Francisco.

—¡Qué miedo pasamos el día que se derrumbó! Ocurrió en noviembre de 1943, a las doce de la noche. Fue como el ruido de un terremoto. La casa se nos llenó de escombros y tuvimos que desalojarla. Yo, que era una niña, me acuerdo que me fui a casa de don José Capado, muy amigo de mi familia.

Nos muestra el pequeño patio donde está la cocina y el aseo.

—Y esto es un trastero para meter los chismes viejos.

Se le ve feliz y contenta entre las estanterías, el mostrador y las cajas redondas de los sombreros.

—¡Qué pena! Me pongo triste cada vez que pienso que muy pronto todo esto se lo van a llevar al museo. ¿Tú crees que el Muñequito será feliz allí? Aquí, él te lo puede decir, lo ha sido mucho.